

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

# Representaciones del poder en el lenguaje político de Alberdi.

Cantera, Silvia y Cantera, Carmen.

Cita:

Cantera, Silvia y Cantera, Carmen (2005). *Representaciones del poder en el lenguaje político de Alberdi. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/692>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: "Representaciones del poder en el lenguaje político de Alberdi"

Mesa Temática Nº 72: "Lenguajes, tradiciones y conceptos políticos en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XIX"

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de La Pampa. Facultad de Ciencias Humanas. Instituto de Historia Americana.

Autoras: Silvia Cantera (auxiliar docente cátedra Historia Económica) y Carmen Cantera (profesora asociada cátedra Historia Argentina I, Investigadora Instituto de Historia Americana).

Dirección: Padre Buodo 74, depto 15, (6300) Santa Rosa, La Pampa.

E-mail: [cantera@cpenet.com.ar](mailto:cantera@cpenet.com.ar)

## 1. El problema

En un contexto de enorme conflictividad en torno de la formación del Estado durante la primera mitad del siglo XIX, y como parte del proceso de construcción de la identidad política, eran comunes las expresiones de denostación hacia el *otro*, en especial hacia aquel que se constituía en un competidor o enemigo político. De este modo, las representaciones de la alteridad se cargan de significaciones que, en definitiva, se manifiestan como parte de un proceso de construcción de identidades políticas incluidas dentro de un marco más amplio, el de las identidades socioculturales.

En un trabajo previo se indaga el nexo entre el poder político y su manifestación como espectáculo estético a partir de la obra de Juan Bautista Alberdi, *El Gigante Amapolas*, referida a la escenificación del poder durante la etapa rosista. En ese artículo se afirma la importancia del arte en general, y de la obra de teatro en particular, como dispositivos de representación de la escenificación política, que utiliza al espectáculo como un fenómeno de atracción masiva. Allí el autor esgrime un discurso crítico hacia el régimen, que es representado por un gigante que se yergue avasallante aunque, finalmente, demuestra su debilidad intrínseca.

La presente ponencia analiza la misma obra de teatro desde la perspectiva del lenguaje político de Alberdi, quien encarna a Rosas en la figura de un gigante cargado de atributos y connotaciones negativas. Se trata de un lenguaje con un fuerte contenido alegórico que remite, necesariamente, a través de su función didáctica, a la necesaria caída del régimen.

Desde el punto de vista formal, representaciones similares se encuentran en algunos pasajes bíblicos, donde se denigra a la figura del enemigo a partir de caracterizaciones que lo muestran como bestial, pero en definitiva frágil, ante los embates externos que logran neutralizar esa aparente omnipotencia. Por su parte, en el análisis de Ricardo Salvatore sobre las fiestas federales, organizadas por Rosas, se describe la quema del Judas, consistente en una ceremonia en la que un fantoche, que representa al apóstol traidor de Cristo, es identificado con el enemigo unitario que debía ser abatido. En este sentido, se advierten paralelismos discursivos que, a través de diferentes soportes apelan a idénticos sistemas de representación.

## **2. Marco teórico**

En toda construcción textual se plasman elementos de identificación colectivos que remiten, necesariamente, a profundos procesos socioculturales. De este modo, la construcción de espacios de identidad se efectúa sobre una base preexistente que le da cabida y lo contiene como un discurso coherente y significativo para la cultura en la que está inmerso.

Todo fenómeno discursivo implica condiciones de producción, circulación y consumo. El proceso de producción consiste en un conjunto de huellas que las condiciones previas han dejado en lo textual bajo la forma de operaciones discursivas. Una buena parte de las condiciones de producción de un conjunto textual consiste en otros textos ya producidos (Verón, 1987:18). La lectura es el efecto de sentido y se encuentra frente a dos vías diferentes, que conducen a dos modelos: uno de producción del discurso y otro de consumo. Por su parte, el concepto de circulación designa el proceso a través del cual el sistema de relaciones entre las condiciones de producción y de recepción es construido socialmente (Ibídem: 20).

Toda producción de sentido es necesariamente social. No se puede describir ni explicar un proceso significativo sin recurrir a sus condiciones sociales productivas y todo fenómeno social es un proceso de producción de sentido. A su vez, toda producción de sentido tiene una manifestación material, un soporte que puede ser el texto escrito, la imagen o un sistema de acción (Ibídem: 125- 27).

Para Roger Chartier la operación de construcción de sentido se efectúa en la lectura o en la escucha y es un proceso históricamente determinado, cuyos

modos y modelos varían históricamente, según el tiempo, los lugares y las comunidades. No existe un texto fuera del soporte que lo da a leer o a escuchar y no hay comprensión de un escrito que no dependa de las formas en las cuales llega a su lector (Chartier, 1992:55).

Lo que importa es una historia social de los usos y de las comprensiones de los textos para la comunidad de lectores que, sucesivamente, adhieren a ellos. Es preciso reconocer una mayor tensión entre las intenciones explícitas o implícitas que propone un texto a la mayoría de los lectores y sus recepciones, que frecuentemente se desplazan hacia otros registros. Sin embargo, el de la recepción es el aspecto más difícil de descifrar para el historiador (Chartier, 1996: 273-274).

### **3. La obra de teatro y su función pedagógica**

Exiliado en Montevideo, Alberdi escribió *El Gigante Amapolas* en 1841. Por lo tanto, las condiciones de producción remiten, necesariamente, a un contexto de censura literaria impuesta por el régimen.

Si bien no conocemos el impacto o el grado de receptividad que la obra tuvo en su momento, es indudable que el contenido de la pieza teatral, cargada de alegorías, constituye una fuerte crítica tanto para el régimen rosista como para los sectores que actuaban desde la oposición armada, así como un deseo explícito de derrocamiento inminente. Como producción discursiva el género teatral permite que se exponga ante un público que la recibe y la resignifica. La puesta en escena la convierte en un texto que puede tener infinitas lecturas, formas de recepción y resignificación.

Es posible rastrear en el texto de Alberdi los atributos de la figura del gigante. Desde la perspectiva de sus adeptos, no puede nombrarse y se recurre a diversos apelativos para hacer referencia a él: “Gigante Amapolas” y “Floripondios” son algunos de ellos. Se le connotan atributos de valentía, talento, perseverancia, delicado tino, sublime tacto, profunda ciencia y prodigioso valor. Es eterno como su gloria, fuerte como su voluntad y grande como su obra. Es un semi-dios, un genio de la política y de la guerra. Es respetado y admirado porque triunfa ante todo enemigo.

Sus detractores lo representan como un gigante de tres varas, con un puñal de hojalata enorme y bañado de sangre. Paradójicamente, este héroe que

llevará a la victoria, es de paja, pero infunde miedo a partir de su inacción, su inmovilidad encubre su verdadera fortaleza. El gigante está solo y, una vez vencido, no existen más enemigos. Se representa como un fantasma que ha triunfado por la incapacidad de los jefes que lo han intentado enfrentar y que luego descubren que el que ha provocado tantas idas y venidas no es más que una imagen fantasmagórica que se deshace con solo tocarla. Su inmovilidad demuestra que está dormido, que es de palo, de papel, es como un cadáver, un diablo, un miserable fantasmón, es decir, no tiene existencia real más allá de la imaginación tanto de sus aduladores como de sus enemigos.

La falsedad que rodea la figura del gigante también se extiende al ejército que él comanda, que carece de una existencia real, así como la batalla contra las tropas enemigas, que nunca se produce. La ironía del autor se manifiesta cuando ridiculiza al ejército del gigante, compuesto únicamente por algunos soldados maniatados, por un tambor y su mujer. La censura y la represión del régimen se simbolizan con la inmovilidad e inoperancia de un pequeño grupo que lo adula. La imagen de los soldados maniatados los convierte en seres sumisos, domesticados por el poder rosista.

La ficción de la lucha le permite al autor minimizar la importancia tanto del ejército rosista como del enemigo, a la vez que crear una imagen de farsa cómica que debe ser superada en función de un sistema político que no de lugar a falsedades.

Los jefes opositores a Rosas miran el campo de batalla desde lejos, visualizan una poderosa fuerza a la cual no podrían enfrentar y acuerdan retirarse. Subestiman la perspectiva del soldado, que percibe la farsa que rodea al gigante, por lo que la tropa organiza un motín. Desde la perspectiva de los subordinados los jefes son “medrosos”, “miedosos”, carecen de reputación y causan comicidad por su tendencia al ridículo. Su ceguera no les permite advertir la debilidad de la figura del gigante y de sus seguidores: mujeres, perros, hombres atados. El poderoso ejército sólo existe en su imaginación.

Es la “voluntad del ejército” la que dispone que la comandancia la asuma un sargento que, a partir de este momento, se convierte en el libertador de la “república”, de la “patria”, su voz es la del “buen sentido”. Esta es la representación alberdiana de la voluntad popular, destinada a consagrar un sistema republicano basado en el sentido común y no en la farsa montada por el

rosismo, a la cual quedan sometidos los comandantes del ejército antirrosista a partir del engaño, de la ilusión y de su incapacidad para gestar y llevar a cabo un proyecto alternativo. La ambición de poder y el autoritarismo llevan a los comandantes a involucrarse en discusiones sin sentido, intrigas y parcialidades. También entre ellos se monta una parodia acerca de quien debe comandar a la tropa. Sus órdenes se cruzan y dan como resultado el caos, la carencia de autoridad, situación irresoluble, si no es a partir de que cada uno se retire y deje el espacio al sentido común de los subalternos.

Alberdi toma distancia de ambos grupos, del rosista y de sus opositores, se mofa de ellos pero, finalmente, encuentra una fórmula intermedia, la de la visión de los subalternos hacia quienes se inclina, los únicos capaces de vencer al gigante.

#### **4. El sentido pedagógico en las bestias bíblicas**

En los pasajes bíblicos de Daniel y del Apocalipsis de Juan es posible rastrear la presencia de figuras bestiales que simbolizan un mal que debe eliminarse.

Daniel es una figura legendaria del Antiguo Testamento que encarna la sabiduría y la justicia. En sus primeros versículos (Daniel 1-6) se relatan las historias del horno caliente, del festín de Baltasar y del foso de los leones. Seguidamente se presenta la visión de las cuatro bestias y las predicciones de derrota sobre los reinos de Babilonia, Media, Persia y Grecia para que, finalmente, Dios reine de forma suprema (Daniel 7).

Las bestias simbolizan los reinos paganos, bajos las cuales sufren los judíos y el mensaje que subyace es que la fidelidad a la alianza será recompensada (Browning, 1998:125).

En Daniel las bestias adoptan caracterizaciones diferentes. La primera asume la fisonomía de un león con ala de águila y corazón de hombre. La segunda asemeja a un oso que se alza más de un costado que de otro, posee en la boca tres costillas y devora carne. La tercera bestia tiene la figura de un leopardo con cuatro cabezas y cuatro alas. La más espantosa de todas, con diez cuernos en la cabeza, grandes dientes de hierro y uñas de bronce, desmenuza y devora todo lo que se halla a su alrededor (Daniel 7, 1-8).

Las bestias representan a reyes que se levantaron contra el poder divino y, particularmente, la cuarta simboliza a un reino diferente a los otros que, según el relato, devorará, trillará y despedazará a toda la Tierra. Pero la derrota llegará en manos de Dios, la bestialidad no puede imponerse y el bien triunfará sobre el mal (Ibídem).

Por su parte, el Apocalipsis de San Juan es una obra semejante al libro de Daniel. Sus referencias a Roma y a Babilonia son claras. En ellas se concentra el mal. La hostilidad al imperio, la condena a la idolatría y al abuso de poder se simbolizan con las imágenes tradicionales de las bestias. Son las fuerzas del caos que se rebelan contra el creador, aunque el pueblo fiel se mantendrá en medio de las adversidades (Browning, 1998: 46). La vida presente es de luchas y de sufrimiento para los cristianos, pero con la esperanza del triunfo sobre el mal que, finalmente, permitirá gozar del paraíso y de la gloria de Dios (Ibídem: 46-47).

Una de las bestias apocalípticas es descrita como un dragón escarlata con siete cabezas, siete diademas y diez cuernos. El dragón se identifica con la serpiente, con el diablo o satanás, “el cual engaña al mundo entero”, pero el triunfo sobre él permite la salvación, la llegada del reino de Dios (Apocalipsis 12, 2-17). Otra de las bestias, similar a la primera en su aspecto externo, semeja a un leopardo con pies de oso y boca de león, cuya autoridad le fue dada por un dragón y, a pesar de tener su cabeza herida, ella fue sanada y la adoraron “los moradores de la Tierra”. Una tercera bestia, similar a las anteriores, engaña a esos moradores, marcados en la mano o en la frente (Apocalipsis 13, 1-17).

Asociada a estos monstruos se describe a una mujer que, vestida de escarlata, adornada con oro, perlas y piedras preciosas, permanece sentada sobre una bestia, cuyo cuerpo está escrito con blasfemias. En su mano sostiene un cáliz de oro cargado de las “abominaciones y de la inmundicia de su fornicación”. Ella representa a Babilonia, “madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra” (Apocalipsis 17, 3-18).

Sin embargo, la existencia de estas bestias se ve limitada por la acción de lo “Fiel y Verdadero”, representado por los ejércitos celestiales, que permitirán el triunfo final de estos últimos sobre la muerte, el llanto, el dolor, sobre los cobardes, los abominables, los homicidas, los fornicarios, los idólatras y los mentirosos (Apocalipsis 19, 11-21 y 20, 2-10).

El sentido pedagógico de estos textos se manifiesta en la necesidad de la fe. Cada generación puede tener acceso a la salvación en tanto siga la palabra de Dios y a Jesús a través de un sufrimiento similar al suyo. La función de la Iglesia es la de mediar el perdón de Dios y estimular el arrepentimiento (Browning, 1998: 47).

## **5. El sentido pedagógico en las fiestas federales**

Las representaciones presuponen un efecto pedagógico destinado a conformar y difundir entre los participantes y espectadores un mensaje ideológico. Los ritos, símbolos e imágenes sirven para representar e instituir concepciones diversas. En este sentido, Ricardo Salvatore analiza las fiestas federales como un sistema de ficción republicana del gobierno de Rosas, que se proyectaba como una continuidad entre un pasado revolucionario y un presente estable y ordenado. Estas fiestas populares simbolizaban el surgimiento de una nueva república liberada de los traidores unitarios, y suponían la adopción de una nueva forma de enlace entre Rosas y el pueblo.

Según la perspectiva del autor, las fiestas federales deben reinterpretarse a la luz del impacto que la política ha generado sobre la cultura popular, donde se manifiesta una sacralización del lenguaje político, un interés por señalar la continuidad del imaginario revolucionario y el uso de una simbología cargada de ambigüedades. La demonización del enemigo y la guerra santa fueron elementos esgrimidos en pos de defender la grandeza moral de la república y la vinculación del federalismo con el legado independentista contribuyó a resignificar el vocabulario político de Mayo.

Las fiestas articulaban elementos de continuidad y de ruptura pero traslucían la idea de que la república era amenazada y que sólo ella podía ofrecer garantía del orden, de la legalidad y de la propiedad. Asimismo, contribuían a reforzar la unanimidad e igualdad de las apariencias, desterrando la anarquía política y social e instaurando la representación de un orden social amenazado.

Las fiestas tendían a crear la ilusión a través de un instrumental simbólico y religioso, así como del lenguaje maniqueo para mostrar cómo el bien eliminaba al mal y permitía que, de la derrota del enemigo, surgiera el alma de la República.

Una de las fiestas populares asumía la caracterización de la quema de Judas durante la Semana Santa y consistía en la confección de ocho judas de trapo que representaban las figuras de dos jefes, Rivera y Paz, vestidos de unitarios con



chapona, calzón, gorra y corbata celeste. No debían tener bigote sino una patilla en “U” y, para una mayor identificación, contaban con letreros como “¡Vivan los salvages unitarios! ¡Mueran los Defensores de la Libertad Americana!”. En la mano derecha, una bolsa con dinero representaba la venta de Jesús, mientras que la izquierda contenía tablillas con otros carteles alusivos. Estos muñecos cargados de simbología (vestimenta, colores, carteles) eran demonizados y exhibidos en lugares públicos a la espera de su exorcización por medio del fuego para que, finalmente, se resguardara la república y se legitimaran, de alguna manera, los medios políticos violentos (Salvatore 1996: 49).

La necesidad de reconocer, nominar al enemigo y asociarlo con la traición y muerte de la Semana Santa, cobraba una trascendencia pedagógica y ejemplificadora. Los unitarios eran “impíos”, “enemigos de la religión del Estado”, “viles hijos” y “traidores”. Una vez identificados era más fácil vencerlos y revertir el orden.

## **6. Lenguajes, representaciones y poder**

Las representaciones del poder cobran diferentes formas y lenguajes pero se hace factible establecer algunas analogías. En las tres expresiones se advierte una visión maniquea y el triunfo del bien sobre el mal. Las bestias bíblicas, son derrotadas por ejércitos de salvación, en las ritualizaciones festivas la quema del enemigo posibilita el surgimiento de la república y en la obra de teatro el gigante opresor es derrotado por el espíritu republicano de los ejércitos subalternos. En los tres casos sobresale el carácter bestial del enemigo y se le infunde apariencia de salvaje, feroz y temible.

Se destaca, en cada una de estas representaciones, una función pedagógica y un interés por establecer una mayor empatía con los receptores. A partir de figuras alegóricas se proponen aleccionar sobre que el discurrir por etapas negativas es necesario para gestar instancias superadoras, para lo cual se apela a imaginarios de carácter religioso.

Es posible advertir que la intertextualidad esta presente en los discursos analizados: la morfología de las bestias y su carga simbólica apelan a infundir el terror. Todas ellas producen un efecto de ilusión, de engaño, a partir del temor que generan. Sin embargo, ese mundo dominado por lo bestial no es eterno, sino que tiene sus límites a partir de la acción de fuerzas liberadoras que en el texto bíblico

están constituidas por los “ejércitos celestiales”, en las fiestas federales por el estado rosista y en la obra de Alberdi por los sectores subalternos de un ejército cuyos comandantes han demostrado cobardía e ineficacia.

Se apela a un imaginario profundamente arraigado en el mundo cristiano donde la derrota de lo bestial, lo monstruoso y lo diabólico deja paso a un mundo diferente, identificado con la virtud y con un proyecto político republicano radicalmente opuesto al sistema que se pretende deponer.

Alberdi demoniza al enemigo, pero también muestra la incapacidad de las fuerzas opositoras para entrar en acción, quienes utilizan la figura omnipotente del gigante para justificar su inactividad. El autor sólo le atribuye sentido común a los sectores subalternos, quienes pueden descubrir la verdad y develar las debilidades subyacentes, ellos representan el espíritu republicano, el resto de los personajes no pueden avisarlo y quedan presos del temor infundido por el engaño.

## **7. Algunas conclusiones**

A partir de diferentes soportes discursivos y con un alto contenido de analogías formales: la obra de teatro, el relato bíblico y la ceremonia ritual, recurren a un mismo sistema de representación que contiene un significado pedagógico: la demonización del enemigo, al que hay que destruir en función de una utopía, de un mundo ideal, a ser alcanzado luego del triunfo sobre el mal.

Más allá del soporte, la producción de sentido es social, por lo que los discursos construyen y fortalecen espacios de identidad sobre una base sociocultural preexistente que los contiene y les da coherencia.

Se construyen y fortalecen representaciones que, si bien son ficcionales, se muestran con un sentido real, en función de una acción sociopolítica predefinida. Se promueve así, en el imaginario colectivo, una predisposición natural a la neutralización y a la muerte del monstruo, aún a costa de la propia vida, pero en defensa de un proyecto político que requiere de esa muerte para ser efectivizado.

El Apocalipsis puede identificarse con el deseado final del rosismo. Desde lo formal se describen seres monstruosos identificados con el mal, con la fatalidad, pero el poder ejercido por esas bestias es efímero, pasajero, aún cuando producen efectos devastadores, estos tienen un final. Es posible un desenlace feliz a partir de la representación de un futuro diferente, donde la destrucción del poder del mal deja lugar al bien.

Se percibe un fuerte contenido político. En los relatos bíblicos los vencidos son los reinos enemigos de Dios, en las fiestas se demoniza a los opositores del rosismo y en la obra de teatro la destrucción del gigante simboliza la anhelada caída del régimen de Rosas.

El mensaje didáctico utiliza la alegoría y apela a que los receptores lo interioricen, lo hagan suyo y asuman el compromiso político que implica destruir un sistema connotado negativamente para dar lugar a otro más justo. De este modo, el lenguaje político recurre a conceptos y tradiciones enraizados en la cultura para sostener y llevar a término un proyecto que requiere de la acción y del compromiso de cada uno de los miembros de la sociedad que son interpelados por esos discursos con un alto contenido pedagógico.

## 8. Fuentes y Bibliografía

- Alberdi, Juan B. 1887. "El Gigante Amapolas y sus formidables enemigos; o sea fastos dramáticos de una guerra memorable". *Obras Completas*, t II. Buenos Aires: Imprenta de la Tribuna Nacional.
- Baczko, Bronislaw. 1991. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Browning W. R. F. 1998. *Diccionario de la Biblia. Guía básica sobre los temas, personajes y lugares bíblicos*. Barcelona: Paidós.
- Cantera, Carmen y Silvia Cantera. 2004. "La teatralización del poder: Un gigante en escena". *III Jornadas Nacionales: Espacio, Memoria e Identidad*. Facultad de Humanidades y Artes. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Rosario.
- Chartier, Roger. 1992. *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa.
- Chartier Roger. 1996. "La Historia hoy en día: Dudas, desafíos, propuestas". Olábarri, Ignacio y Francisco Javier Caspistegui. *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid: Editorial Complutense, 19-33.
- Chartier, Roger. 1996. "Las formas de expresión (el habla, la escritura, el gesto)" Olábarri, Ignacio y Francisco Javier Caspistegui. *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid: Editorial Complutense, 271-277.
- Myers, Jorge. 1998. "Las formas complejas del poder: la problemática del caudillismo a la luz del régimen rosista". Goldman, Noemí y Ricardo Salvatore (comp.)

- Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema.* Buenos Aires: Eudeba, 83-100.
- Salvatore, Ricardo. 1996. "Fiestas federales: representaciones de la república en la Buenos Aires rosista" *Entre pasados*. Revista de Historia. Año IV nº 11. Buenos Aires, 45-68.
- Santa Biblia, 1998. Revisión Cipriano de Valera y otros. Sociedades Bíblicas Unidas.
- Verón, Eliseo. 1987. *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.
- Wasserman, Fabio. 1997. "La generación del 37 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr Emilio Ravignani*, 15, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 7-34.